



ACTUALIDAD

1

EL CONFLICTO DEL GOLFO

Raimon OBIOLS

El 13 de enero de 1991, dos días antes del límite fijado por las Naciones Unidas para que las tropas iraquíes abandonasen Kuwait, me dirigía al 7º Congreso de la Juventud Socialista de Cataluña, a propósito de la crisis del Golfo:

«**M**anifestamos nuestra profunda inquietud, nuestra grave preocupación: somos conscientes de las consecuencias terribles de una eventual acción armada en el Golfo. La guerra siempre es la manera más bárbara e ineficaz de afrontar los conflictos. Todavía está reciente el insensato conflicto armado entre Irak e Irán, que causó centenares de miles de muertos y sacrificó inútilmente a tres generaciones de jóvenes iraquíes e iraníes. Pero somos conscientes también de que no es posible resignarse y transigir ante las violaciones del derecho internacional, y de que en interés no sólo del derecho sino de la paz, del establecimiento

de un nuevo orden mundial de paz, la ocupación militar y la anexión de Kuwait, país soberano y miembro de las Naciones Unidas, por parte del régimen iraquí, no puede continuar.»

«Los socialistas creemos que el camino de paz que debe seguirse ante la crisis del Golfo —camino difícil, ciertamente, pero el único que ofrece en estos momentos difícilísimos una esperanza, es el apoyo más decidido y enérgico a las resoluciones de las Naciones Unidas, y a su aplicación concreta, que comporta la presencia de fuerzas en el Golfo, y el apoyo a las iniciativas de negociación en curso.»

No estamos de acuerdo con iniciativas que se oponen de hecho a la aplicación de los acuerdos de Naciones Unidas.

«Por este motivo, deseando tan fervientemente como cualquier persona humana una solución pacífica a la crisis, hemos manifestado que no estábamos de acuerdo con iniciativas que, reclamando genéricamente la paz, se oponen de hecho, con su consigna 'ningún soldado en el Golfo', a la aplicación de los acuerdos de las Naciones Unidas, que son la base que sustenta una vía de presión para la negociación.»

«Sólo insistiendo sin fisuras en la enérgica aplicación de los acuerdos de las Naciones Unidas pueden reforzarse y no debilitarse las iniciativas políticas y diplomáticas en curso y puede aún mantenerse la perspectiva de una salida negociada que implique la retirada de las tropas invasoras, impida la guerra, y garantice la posibilidad de nuevos avances en la solución de los otros graves problemas de la región, especialmente la justa solución del derecho del pueblo palestino a la autodeterminación y a un Estado propio».

Los acontecimientos posteriores son conocidos. Después del fracaso de todos los intentos para evitar el conflicto, éste estalló finalmente. «Esta noche ha comenzado la operación militar contra las tropas iraquíes, con el objetivo de conseguir su retirada de Kuwait», decía un comunicado del PSC, la mañana del 17 de enero. Añadía: «Se trata, pues, de la guerra, con todo lo que implica de desgracias» (comunicado del PSC, 17 de enero de 1991).

Como ha señalado con posterioridad Jordi Solé Tura: «Si la guerra del Golfo ha

estallado, es evidente que todos los que queríamos evitarla hemos fracasado. Y dado que yo no sé de ninguna fuerza política ni social española mínimamente representativa que haya preconizado la guerra por principio, la conclusión es evidente: en nuestro país no han ganado los partidos de la guerra, sino que hemos perdido todos. Como consecuencia, creo que los intentos de presentar la discusión política en España como la confrontación entre los partidarios de la paz y los partidarios de la guerra no sólo falsean la realidad, sino que conducen a peligrosas conclusiones políticas (...) Creo que buena parte del debate público que se ha realizado sobre el asunto, si bien ha expresado las legítimas inquietudes de unos y las naturales perplejidades de otros, los más, ha aportado muy poco al análisis de lo que ha sucedido, y menos aún a la previsión de lo que puede suceder» (*El País*, 5 de febrero de 1991).

Ante la guerra, el deber de todos aquellos que queremos la paz consiste en contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, a ayudar en todos los procesos concretos de solución, todas las vías de negociación posibles, por difíciles o casi inexistentes que parezcan en los peores momentos. El presente texto, forzosamente un texto de urgencia, es nuestra modesta aportación al objetivo de la paz. A la paz de hoy y de mañana. Pretendemos resumir los análisis y discusiones que los socialistas catalanes hemos realizado en estos días de preocupación y de pesar. Y concretar las posiciones y propuestas políticas que mantenemos.

Pretendemos contribuir así a un debate público que gane en concreción y claridad. Un debate en el que todos —en primer lugar las fuerzas políticas— asuman sus posiciones con plena responsabilidad y sin simplificaciones ni demagogia. Esta, que siempre es condenable, lo es más aún cuando se viven momentos tan graves como los actuales.

El detonante del conflicto y sus causas inmediatas

El detonante de este conflicto ha sido una acción inaceptable del régimen iraquí de Sadam Husein: la ocupación militar de Kuwait por las tropas iraquíes iniciada el pasado día 2 de agosto de 1990, y la anexión de este país, con una clara amenaza de expansión militar posterior hacia Arabia Saudí y otros Estados del área petrolera del Golfo. Era lógico, en esta situación, que se produjese una reacción inmediata de condena, no sólo por parte de los países más directamente amenazados o afectados, sino también de toda la comunidad internacional.

Se trataba, y esto hay que subrayarlo, de un hecho inédito. Por primera vez después del término de la II Guerra Mundial y de la constitución de la ONU, se producía una situación consumada de invasión y de anexión de un Estado soberano e independiente, miembro de las Naciones Unidas, por parte de otro Estado miembro y firmante de la carta de las Naciones Unidas. Se trataba, pues, de una gravísima violación del derecho internacional y de la propia carta de las Naciones Unidas.

Se trataba también de una muy grave amenaza para la paz. Porque si la anexión de Kuwait se convertía en un hecho consumado y sin respuesta efectiva, eso significaría, de hecho, que un dictador muy potentemente armado, poseedor de armas químicas y biológicas (y eventualmente, en un plazo relativamente corto, del arma nuclear y sus correspondientes derivados), podría desarrollar nuevas fases de una acción militar expansionista en una región convulsa y que dispone del 66% de la producción mundial de petróleo. De tal manera que, si el comienzo de este proceso militar expansionista no encontrase más respuestas que las condenas morales o las declaraciones verbales, eso significaría una amenaza muy grave no sólo para la región, sino para todo el mundo.

Por otra parte, la crisis abierta por la invasión armada y la anexión de Kuwait se situaba en un contexto internacional particularmente delicado. La comunidad internacional se enfrentaba con la superación del viejo orden internacional, al final de la guerra fría, con nuevas perspectivas y esperanzas, pero también con graves problemas. Los acuerdos suscritos y en preparación para el desarme, las transformaciones democráticas en curso en la Unión Soviética y en los países comunistas de la Europa central y oriental, abrían la perspectiva de una nueva era de distensión, de paz y de cooperación internacional.

La dimisión del ministro soviético de Asuntos Exteriores, Edvard Shevardnadze, el reforzamiento de las posiciones involucionistas en la Unión Soviética y la represión en el Báltico, constituyen una cadena de efectos inducidos no sólo por las dificultades intrínsecas de la *perestroika*, sino también, de manera explícitamente reconocida, por la crisis del Golfo.

Así, el conflicto del Golfo se convierte en un factor muy importante de configuración del nuevo equilibrio internacional, después de los extraordinarios cambios producidos en los años 1989 y 1990. Este elemento contribuye a agravar todavía más la crisis abierta por la invasión de Kuwait el pasado 2 de agosto.

Las reacciones de las Naciones Unidas

Desde el comienzo de la crisis, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha aprobado doce resoluciones.

***El deber de todos aquellos que
queremos la paz consiste en
contribuir a ayudar en todos los
procesos concretos de solución.***

El mismo día de la invasión (2 de agosto), se exigió «la retirada inmediata e incondicional de todas las fuerzas iraquíes» (*resolución 660*).

El día 6 de agosto se propugnó el «embargo comercial, financiero y militar de Irak», por 13 votos a favor y dos abstenciones (Cuba y Yemen) (*resolución 661*).

El 9 de agosto se declaró por unanimidad la anexión sin ningún fundamento jurídico y nula de pleno derecho (*resolución 662*).

El 18 de agosto, por unanimidad, se exigió que Irak autorizase y facilitase la salida de Kuwait y de Irak de los miembros de países terceros (*resolución 664*).

El 25 de agosto se autorizó el uso de la fuerza para hacer respetar el embargo (13 votos a favor y dos abstenciones, Cuba y Yemen) (*resolución 665*).

El 14 de septiembre se solicitó que la ayuda alimentaria fuese canalizada por las Naciones Unidas, el CICR y otras organizaciones internacionales (*resolución 666*).

El 16 de septiembre se condenó por unanimidad a Irak por sus «actos agresivos contra locales y personal diplomático» y «el secuestro de súbditos extranjeros», y se pidió la liberación inmediata de todos los rehenes (*resolución 667*).

El 24 de septiembre, por unanimidad, se pidió al «Comité de Sanciones» que exa-

minase las peticiones de asistencia formuladas por los países afectados por el embargo (*resolución 669*).

El 25 de septiembre se decretó el embargo aéreo (por 14 votos contra 1, Cuba) (*resolución 670*).

El 29 de octubre se condenó la acción de las autoridades y fuerzas de ocupación iraquíes (*resolución 674*).

El 29 de noviembre, por unanimidad, se condenaron las tentativas iraquíes de modificar la demografía de Kuwait (*resolución 677*).

Finalmente, el 29 de noviembre, por 12 votos contra 2 (Cuba y Yemen) y una abstención (China), se autorizó a «los Estados miembros que cooperan con el Gobierno de Kuwait, si el 15 de enero de 1991 Irak no ha aplicado plenamente las resoluciones precedentes, a emplear todos los medios necesarios con tal de hacer respetar y aplicar la resolución 660 del Consejo de Seguridad y todas las resoluciones pertinentes posteriores» (es la resolución «histórica» 678, que legitima el uso de la fuerza).

La actuación de las Naciones Unidas como precedente

Ante la acción de las Naciones Unidas en el conflicto, y especialmente en lo concerniente a la aprobación de la resolución 678 por una amplísima mayoría del Consejo de Seguridad, se han planteado tres tipos de objeciones.

La primera puede concretarse en la pregunta: «¿Por qué no se había hecho antes?» Es decir: ¿por qué es ahora justamente, y no en casos anteriores, cuando se hace uso de esta posibilidad prevista en el capítulo séptimo del estatuto de las Naciones Unidas (posibilidad y legitimación del uso de la fuerza), cuando no se había hecho en pro-

El conflicto del Golfo se convierte en un factor muy importante de configuración del nuevo equilibrio internacional.

blemas anteriores, igualmente dramáticos, como por ejemplo la situación del Líbano, martirizado durante años, o en el propio conflicto árabe-israelí?

Nosotros, que queremos desarrollar una política realista de búsqueda de un orden internacional pacífico y democrático, creemos que es mejor invertir esta argumentación. Si realmente estamos interesados en la consolidación de un orden de paz, de derecho y de democracia en las relaciones internacionales, no podemos evocar la herencia del pasado, o las faltas del presente, con tal de invalidar este esfuerzo unitario y serio que han hecho las Naciones Unidas. Al contrario, hemos de considerarlo como un precedente positivo que establece la vía de procedimientos efectivos en otros casos.

La segunda objeción ha consistido en afirmar que las Naciones Unidas no disponen de los instrumentos efectivos para aplicar sus resoluciones y que estas resoluciones, por lo tanto, han legitimado una acción unilateral de los Estados Unidos. Hay que decir, en este sentido, que ante la magnitud de la fuerza militar iraquí, y la línea militar expansionista de Sadam Husein, cualquier apelación a un papel de los «cascos azules» ha sido, en el terreno de la realidad concreta de las cosas, un simple «brindis al sol». Ante un ejército de más de un millón de hombres, que dispone de material muy potente, que se ha anexionado un país y que puede ocupar algunos otros, no se improvisa en pocas semanas o meses un dispositivo militar eficiente de las Naciones Unidas.

Así, unas Naciones Unidas reforzadas no sólo han de serlo en su papel diplomático, político y preventivo. Han de serlo también en su eventual poder sancionador, cosa que implica disponer de un brazo armado multinacional. Esto implicaría la constitución operativa del «Joint Military Committee», prevista en la carta constitucional de las Naciones Unidas.

Si este proceso militar expansionista no encontrara más respuestas que las condenas morales, sería una amenaza muy grave para todo el mundo.

El rechazo de principio a la guerra

Una tercera objeción que se ha formulado contra la resolución 678 de las Naciones Unidas (que autoriza «todos los medios necesarios») es afirmación según la cual «nunca nada justifica una guerra» y que aquella resolución, si bien no declara que la guerra es justa, sí que la legitima legalmente.

Todos compartimos esta exclamación que resuena estos días en diversos ámbitos, y que también oímos resonar con fuerza en nuestros corazones: «¡La guerra nunca!». Pero creemos que este criterio, que ha de inspirar la acción de toda la humanidad responsable, no puede ponerse hoy, desgraciadamente, de una manera estricta y total en la base del derecho internacional y de las relaciones internacionales, mientras existan Estados fuertemente armados y regímenes no democráticos.

Estaríamos aceptando, de esta manera, que la agresión militar, el expansionismo o la violencia como método de resolución de los conflictos internacionales quedasen impunes y fuesen, por lo tanto, premiados. Sólo sería posible la aplicación política permanente de esta norma moral en un sistema mundial estructuralmente pacífico, que obviamente hoy no existe. Este sistema habría de reunir, como mínimo, tres condiciones:

- 1) unas instituciones internacionales, multipolares y democráticas que aseguren la resolución política de los conflictos;
- 2) Estados en gran medida desarmados;
- 3) Sociedades prósperas en todo el mundo.

***Ante un ejército como el de Hussein
no se improvisa en pocas semanas
un dispositivo militar eficiente de las
Naciones Unidas.***

Es evidente que estos objetivos —que pueden encuadrar el ideal socialista de una humanidad reconciliada— son objetivos difíciles y lejanos.

No son, sin embargo, objetivos imposibles. Por eso, cuando la izquierda y el socialismo internacional persiguen estos objetivos han de hacerlo con realismo, sin falsas ilusiones, pero también sin dejarse llevar por la falsa conciencia de que un sistema mundial pacífico es irrealizable.

Sabemos que la conquista de este objetivo de un mundo reconciliado no será el fruto de un proceso ineluctable: sólo si los hombres y las mujeres lo queremos, y actuamos de manera decidida e inteligente, avanzaremos en su consecución. Ninguna ley de la historia nos dará como regalo una humanidad reconciliada. Sabemos también que la conquista de este objetivo es un proceso lento, difícil y contradictorio. Sabemos que nosotros, las generaciones que hoy vivimos, no llegaremos a verlo realizado. Sin embargo, a pesar de todo, es un objetivo posible, realizable. La prosecución de este objetivo da sentido a nuestra acción presente.

Por eso creemos los socialistas que una cultura de la paz que quiera asentarse en el terreno de la política concreta, y de una cultura de gobierno, se vincula forzosamente con una visión socialista de un futuro del mundo donde la democracia, la prosperidad y la igualdad sean los garantes de un sistema estructuralmente pacífico que haga impen-sable la guerra (como lo es ya hoy, de hecho,

en las áreas actualmente prósperas del mundo).

**Los decantamientos previos
al conflicto armado**

Nunca se sabrá, por razones obvias, si los decantamientos que se han perfilado durante estos meses (desde la invasión de Kuwait, en agosto de 1990, hasta mediados de enero de 1991) habrían permitido conseguir resultados concretos para hacer aplicar la política prácticamente unánime de la comunidad internacional sin hacer uso de la intervención militar.

Conviene recordar, para hacernos una idea cabal de la situación, las posiciones y los debates producidos en Europa y en los Estados Unidos. Las posiciones propugnadas no pueden reducirse a una confrontación simple y genérica entre una línea de guerra y una línea de paz. La discusión sería no ha sido entre aquellos que preconizaban una línea de sanciones y embargo (una línea de presión punitiva continuada) y aquellos que, en un momento dado (a finales de noviembre, coincidiendo con la aprobación por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de la resolución 678), se decantaron por la intervención militar en cuanto terminase el plazo del 15 de enero.

Las posiciones pueden resumirse de la manera siguiente:

1) El argumento principal de los partidarios de la intervención militar ha sido: «si intervenimos ahora, el conflicto podrá acortarse en el tiempo, en el espacio, en el número de víctimas. Si, por el contrario, no intervenimos, el conflicto se producirá inevitablemente más adelante y será más largo, más costoso en vidas humanas, más incontrolado». La argumentación se basaba en la creencia de que Sadam Husein quería la guerra, en la comprobación de que reforzaba espectacularmente su dispositivo militar en

Kuwait, y en el temor de que en un término relativamente breve de tiempo dispusiese de bombas nucleares.

2) La argumentación de los partidarios de explorar todas las posibilidades de un embargo continuado han señalado que las experiencias de Vietnam o de Afganistán han mostrado que muy difícilmente puede creerse en la eventualidad de una guerra «pequeña». «La tecnología disponible no permite confiar en la eficacia quirúrgica de un conflicto de dimensiones reducidas». La conclusión es la siguiente: «si todos somos contrarios a una guerra no acotada, y si una guerra así no es posible, hemos de decir no a la guerra y jugar a fondo la presión punitiva de un embargo continuado, y emplear a fondo las armas de la diplomacia y de la política».

Con matices y posiciones intermedias pueden definirse así dos posiciones con un común denominador: pararle los pies a la política aventurera y militar expansionista de Sadam Husein. Una, liderada por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, que se decanta en un momento determinado por la ineluctabilidad de la confrontación armada. La otra, representada por los gobiernos de los países del sur de la Comunidad —entre ellos el nuestro—, a favor de apurar hasta el límite los efectos económicos y políticos del embargo y de la presión política y diplomática.

La simple constatación de estos decantamientos y de los protagonistas de su expresión muestra claramente hasta qué punto no ha existido una posición europea. Simplemente no ha existido una política europea común en relación al conflicto.

Sobre la eficacia del embargo

Hemos señalado que ya es imposible dilucidar esta cuestión una vez comenzado el conflicto bélico. Hay que decir, sin embargo, que los argumentos a favor de seguir una línea de embargo y de presión punitiva no

bélica eran sólidos, y recordar que todos, inclusive los que después se decantaron hacia la intervención (básicamente como consecuencia del impresionante aumento de tropas y de fortificaciones iraquíes en Kuwait), habían defendido inicialmente que el embargo podía ser perfectamente eficaz. Hay que recordar en este sentido las palabras del presidente Bush, a finales de agosto: «Las sanciones económicas en este caso, si se aplican plenamente, pueden ser muy eficaces. Nadie puede resistir infinitamente la privación económica total».

En el momento de la votación de la resolución 678 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (29 de noviembre) el balance del embargo se cifraba en un 100% por lo que respecta a las exportaciones, y en un 90% en cuanto a las importaciones. Así se estableció, por ejemplo, en el debate del Senado norteamericano previo al estallido del conflicto¹. Todo el mundo afirmaba, y es razonable, que los resultados de una línea de embargo y de presión punitiva continuada comenzarían a hacerse sentir en un término como mínimo de seis meses. Hay que recordar también que el embargo en cuestión tenía poco que ver con la confusa casuística del embargo «antiparthoid» en Sudáfrica, que a pesar de sus límites ha conseguido unos resultados en la línea de desbloquear la situación en ese país. Por primera vez las sanciones se aprobaban unánimemente y se aplicaban unánimemente.

Pero la estrategia del embargo jugaba con largos plazos, difícilmente compatibles con un régimen militar expansionista, porque re-

***Unas Naciones Unidas reforzadas
han de serlo también en su eventual
poder sancionador.***

quería como condición el mantenimiento durante un largo periodo de una gran fuerza multinacional estable en la región.

En todo caso esta discusión deja de tener sentido operativo a partir del estallido bélico. Pero recordarla es necesario para pensar en el escenario posterior a la guerra, para mantener la idea de que el arma de las sanciones no puede desautorizarse con vistas al futuro, y de que, al contrario, ha de mantenerse como criterio esencial de un futuro reforzamiento del papel de las Naciones Unidas.

También es importante para entender cuál ha sido la posición del Gobierno español, y desde nuestro punto de vista, darle validez y pleno apoyo.

La posición del Gobierno y las tentativas de salida pacífica

Desde el comienzo de la crisis, la acción del Gobierno estuvo orientada a aplicar de manera coherente las resoluciones de las Naciones Unidas, y a desarrollar un esfuerzo continuado y tenaz a favor de una salida pacífica de la crisis. Este activo papel se desarrolló a través de una actividad diplomática llevada a cabo tanto a nivel bilateral como en el marco de la Comunidad Europea. El *Documento de los nueve puntos* resume la posición oficial del Gobierno sobre el conflicto².

Hasta el último momento del plazo fijado por las Naciones Unidas, el Gobierno actuó en una línea de paz y dio su apoyo a todos los intentos realizados en esa línea. Apoyó todos

Las posiciones propugnadas no pueden reducirse a una confrontación simple y genérica entre una línea de guerra y una línea de paz.

los llamamientos por la paz, hasta el dramático último llamamiento, expirado en plazo, del Secretario General de las Naciones Unidas, Pérez de Cuellar.

Son sobradamente conocidas las últimas tentativas, especialmente las iniciativas del presidente francés Mitterrand, y de las diplomacias italiana y española. Hay que recordar el fracaso de la reunión de Ginebra el 9 de enero entre Baker y Tarek Aziz, la negativa iraquí al diálogo con la Comunidad y la visita del secretario de las Naciones Unidas a Bagdad, para comprender hasta qué punto estábamos, en los últimos días, en una lógica de guerra deseada por el presidente iraquí. A pesar de todo, las tentativas se desarrollaron hasta el último momento.

Bettino Craxi ha explicado ante el Parlamento italiano que «algunas horas antes de ser asesinado, el líder palestino Abu Iyad se había entrevistado con el embajador Claudio Moreno. Había escuchado las propuestas contenidas en un mensaje del Gobierno italiano, las había comentado favorablemente, había declarado que las compartía y se había puesto inmediatamente a trabajar para establecer los contactos necesarios. La OLP habría pedido la retirada iraquí de Kuwait. Lo habría hecho en interés de la paz y poniendo de relieve el interés vital del pueblo palestino para colocar su propia 'cuestión' en una cumbre por la paz».

Si hemos comprendido bien el sentido de las últimas iniciativas, forzosamente no publicadas, se apuntaba a conseguir un gesto de retirada de Sadam Husein por medio de la iniciativa de la OLP ante Irak y una iniciativa concomitante de miembros árabes de la coalición ante los Estados Unidos. El asesinato de Abu Iyad y otros dos dirigentes de la OLP es, pues, obra de los que deseaban el enfrentamiento militar, y son posibles aquí diversas interpretaciones.

En todo caso, la política del Gobierno no sólo ha sido coherente con nuestras opciones

básicas de política internacional y con la fidelidad a los compromisos internacionales, sino también, hasta el último minuto, favorable a apurar a fondo los efectos del embargo, y muy activo en la participación y el apoyo a todas las iniciativas solventes con tal de impedir el desencadenamiento del conflicto.

Ha sido también, lógicamente, una política de apoyo coherente a las resoluciones de las Naciones Unidas, asumiendo, en el marco de sus responsabilidades y de sus compromisos internacionales, el papel que debía desempeñar, y ello sin una participación de las Fuerzas Armadas en la acción militar en curso.

Difícilmente podría encontrarse una línea de optimización mejor en la orientación del Gobierno, tal como se han producido los acontecimientos. El consenso mayoritario que se ha establecido en la opinión pública y el amplio espectro político de apoyo a la acción del Gobierno son un reflejo, desde nuestro punto de vista, de acierto de esta política. Es testimonio el debate y la votación en el Congreso de los Diputados del pasado 18 de enero, en el que un 94% de los diputados aprobó una resolución que apoyaba la acción del Gobierno³.

Se ha afirmado que las posiciones gubernamentales no habían sido suficientemente entendidas o asimiladas por la opinión pública. A ello puede responderse que las posiciones correctas, que asumen forzosamente un cierto nivel de complejidad, no son tan fáciles de transmitir como las posiciones taxativamente simplistas. Las horas trágicas de un conflicto hacen siempre más cómodos los mensajes simples y contundentes («paremos la guerra», «esta guerra es injusta», etc.). Otra cosa es que por motivos precisamente morales hay que afirmar que esos mensajes no son suficientes.

En nuestro país existe hoy, no podría ser de otra forma, una gran preocupación por el conflicto, y un consenso mayoritario a favor de la política llevada a cabo por el Gobierno,

La estrategia del embargo jugaba con largos plazos, difícilmente compatibles con un régimen militar expansionista.

que es también, evidentemente, un consenso por la paz, a favor de un camino real y concreto para conseguir la paz en el plazo más breve posible.

La auténtica discusión política consiste ahora en ver cómo se acaba la guerra en el plazo más breve posible, cosa que implica también discutir cómo resolver los problemas que la han generado y los problemas que se plantearán después de que finalice.

Las movilizaciones por la paz y los partidos

Se han producido manifestaciones y movilizaciones diversas por la paz, no sólo totalmente legítimas, sino que han reflejado unas posiciones de principio contra la guerra y por la paz que los socialistas defendemos y compartimos plenamente.

Por el contrario, también ha habido intentos, por parte de algún partido o grupo político, bien de limitarse a una simple toma de postura propagandística a favor de la paz, bien de adentrarse en una vía oportunista —que debemos denunciar de manera contundente— que consiste en instrumentalizar los legítimos anhelos de paz que todos compartimos, o la acción de las organizaciones y movimientos que desarrollan la cultura de la paz, con tal de extraer unos hipotéticos beneficios políticos o electorales.

En este terreno debemos ser al mismo tiempo muy cuidadosos y muy enérgicos. El hecho de que las posiciones que defendemos

La acción del Gobierno ha estado orientada a aplicar de manera coherente las resoluciones de las Naciones Unidas.

no puedan concretarse en fórmulas simplistas, blanco o negro, no puede significar de ninguna manera que nos situemos en actitudes defensivas. Hemos de considerar positivas las tomas de posición a favor de la paz, pero al mismo tiempo hemos de ser conscientes de dos cosas importantes: primero, que expresar una voluntad de paz es una condición necesaria pero no suficiente para resolver el problema clave (cómo se consigue la paz en el momento que estamos); segundo, que no es aceptable la demagogia de los grupos políticos que con proclamas y actitudes incoherentes pretenden arrinconar a los otros en «el partido de la guerra».

Desde esta perspectiva, hemos de manifestar no sólo respeto por las movilizaciones por la paz, sino también manifestar claramente nuestro acuerdo con las tomas de posición de las generaciones más jóvenes, las movilizaciones de estudiantes que ponen de manifiesto el germen de una toma de conciencia política en un sentido progresista, así como el enraizamiento de los valores de la cultura de la paz y del rechazo de la violencia entre los más jóvenes.

En todo caso, deberíamos lamentar (y esto es también una autocrítica) una excesiva despolitización de las generaciones juveniles y una falta de información, sensibilización y movilización antes de la actual toma de conciencia, si tenemos presente que según el Departamento de investigaciones sobre la paz y conflictos de la Universidad de Upsala (Suecia), entre 1988 y 1989 se han desarrollado 36 conflictos armados en el mundo, al-

gunos de los cuales aún continúan, en los que han perdido la vida 5 millones de personas, la mayoría civiles, y otros 32 millones han resultado heridas, apresadas, encarceladas, separadas de sus familias u obligadas al exilio. Lamentablemente, y prácticamente hasta pocos días antes del 15 de enero, la insensibilidad de la mayoría ha sido la norma ante esta terrible situación.

Nosotros, como fuerza política responsable, no podemos en ningún caso limitarnos a la simple afirmación de principio «no a la guerra, sí a la paz». Creemos que ningún partido puede hacerlo. A los partidos se les exige, y es necesario que así sea, que se pronuncien de una manera coherente y creíble, no demagógica ni propagandística, sobre los caminos concretos de la paz. A los partidos se nos pide que nos definamos en el terreno de lo concreto, de lo real, de lo posible, no sólo en el terreno de los grandes principios, por respetables y compartibles que éstos sean.

Por eso no es aceptable la actitud oportunista que consiste en instrumentalizar los mejores sentimientos de la gente diciendo «nosotros sí que queremos la paz», y añadiendo: «nuestros adversarios no la quieren». Si a eso se añade la propaganda electoralista (el demagógico «acordaos en las próximas elecciones» que escuchamos en el Congreso de los Diputados), lo único que aparece es, en definitiva, un oportunismo a la desesperada y sin escrúpulos.

Las posiciones de Izquierda Unida (IU-IC) se han caracterizado, en este sentido, por la incongruencia. Han defendido las resoluciones de las Naciones Unidas, han dicho que el embargo no podía dejarse en manos del ejército de los Estados Unidos y, al mismo tiempo, han reclamado el retorno inmediato de los soldados del Golfo. Un partido responsable no puede tomar posiciones contradictorias. Si se estaba a favor del embargo no se podían organizar manifestaciones con el lema

«Ningún soldado en el Golfo». No se puede repicar y andar en la procesión cuando se plantean cuestiones de esta enorme gravedad.

Más dura ha de ser nuestra crítica a grupos políticos minoritarios que muestran su complacencia con el terrorismo y que se han descubierto, a última hora, un alma pacifista. Podemos recordar aquí las palabras del director de *El País*, Joaquín Estefanía, cuando escribía hace algunos días, a propósito del centenario de Gramsci, que la postura de éste habría sido radicalmente contraria a «la que postulan algunos pseudopacifistas de nueva planta, surgidos de la nada, que amparándose en los mejores sentimientos de los ciudadanos y en los movimientos sociales tradicionales contra la guerra se parecen, por su ideología, por la demagogia de sus argumentos, por la radicalidad de sus palabras, más a Alejandro Lerroux que a Bertrand Rusell».

Y añadía: «Atacar al Gobierno español por su supuesto belicismo en la guerra del Golfo no refleja nada más que miopía política en unos casos y desvergüenza ideológica en otros. En cualquiera de las dos circunstancias no se corresponden con la realidad (...) Utilizar las sólidas raíces del pacifismo español y sus canales orgánicos para hacer antigubernamentalismo es el 'oportunismo honorable' (en la más irónica acepción de este concepto)» (*El País*, 24 de enero de 1991).

Las causas de fondo: la crisis de Oriente Próximo

Un elemento decisivo para un futuro escenario de paz es el avance en la solución de los gravísimos y complejos problemas de la región. El conflicto actual se ha encargado de poner brutalmente de manifiesto que el término del bipolarismo Estados Unidos-Unión Soviética y la distensión en Europa no crean automáticamente las condiciones de una paz general. Parece como si, por el contrario, el final de la competición entre el Este y el Oeste (el final de la guerra fría), incluso

abriendo posibilidades inéditas de cooperación internacional, hubiese también desencadenado nuevas lógicas regionales. Como si hubiese roto una constricción, como si hubiese liberado una situación de tensiones contenidas. Esta visión puede estar influida por el hecho de que, en la situación anterior, muchos de los conflictos regionales eran vistos como una simple manifestación de la competición entre la Unión Soviética y los Estados Unidos en diversas áreas del Sur.

La actual situación hace aflorar más claramente las causas locales de estas crisis, y permite evaluar las insuficiencias de los procesos políticos de solución previos al conflicto. Así, en lo que respecta al papel de Europa, de la Europa Comunitaria, hay que recordar que con posterioridad a la «Declaración de Venecia» que reconocía el derecho a la existencia y la seguridad de todos los Estados de la región del Oriente Próximo (con el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación), la acción política y diplomática emprendida, sobre todo a partir de 1986, consiguió resultados positivos en algunos campos (por ejemplo en la última fase de la guerra Irán-Irak), pero no consiguió implementar una vía efectiva hacia una conferencia de paz que abordase como núcleo central el conflicto árabe-israelí.

El Gobierno español, sin aceptar, a lo largo de la crisis abierta por la invasión iraquí de Kuwait, la tesis de una relación directa (el *linkage*) entre una retirada iraquí y la negociación de la cuestión palestina (cosa que habría significado una especie de premio in-

Difícilmente podrá encontrarse una línea de optimización mejor en la orientación del Gobierno, tal como se han producido los acontecimientos.

directo a la invasión), se ha mantenido, sin embargo, siempre coherente en la defensa de todas las resoluciones de las Naciones Unidas y de la Comunidad Europea sobre la región, y muy activo en el estímulo de una acción europea para ayudar a resolver el cuadro del conflicto del Oriente Próximo.

En la situación posterior al término del conflicto es imprescindible un proceso negociador, en el que la propuesta hispano-italiana de un proceso de Conferencia de Seguridad y Cooperación del Mediterráneo (CSCM), inspirada en la experiencia de la CSCE, puede llegar a ser muy fructífera.

En este proceso negociador, que puede revestir el marco de una conferencia de paz, pero que no debería quedar supeditado a su celebración, deben abordarse los núcleos estructurales del conflicto de Oriente Próximo: cuestión palestina, crisis libanesa, reconocimiento de Israel, desequilibrios económicos, desarme regional, entre otros.

Las causas de fondo: las armas

No puede comprenderse la situación actual si se hace abstracción de otro problema subyacente de extraordinaria gravedad. El régimen iraquí de Sadam Husein se ha gastado, en los últimos diez años, cincuenta mil millones de dólares (cinco billones de pesetas) en compras de armamento.

Estas compras han sido en buena parte a la Unión Soviética y a China. Pero también —y en cantidades espectaculares— a diversos

países occidentales. Más de dos centenares de empresas occidentales han percibido una cantidad que puede oscilar alrededor de los veinte mil millones de dólares. Esto incluye armamento convencional, pero también lo que eufemísticamente se define a veces como «armamento no convencional», es decir, tecnología química y nuclear.

Irak ha fabricado, con tecnología y productos occidentales, de 1.400 a 2.500 toneladas de gases de guerra. Ha dispuesto también de importantes facilidades para el desarrollo de tecnología de tratamiento del plutonio que hace posible la producción de armas nucleares. De hecho, portavoces del Pentágono se han referido, durante los días del conflicto, al ejército iraquí como el «cuarto ejército del mundo».

Estos hechos demuestran con la máxima crudeza uno de los aspectos más brutalmente irracionales y peligrosos de lo que Willy Brandt denomina «la locura organizada» de nuestro mundo actual. O la crisis actual implica poner fin a esta situación, o se impondrá la lógica ineluctable del armamentismo, de tal manera que situaciones como la presente podrán ir repitiéndose de manera intermitente, propiciadas por las políticas miopes de algunos Estados o por los egoísmos desatados y sin escrúpulos de unas corporaciones industriales.

A pesar de que los datos del SIPRI señalan una reducción del gasto militar global en los países del Tercer Mundo durante el bienio 1989-1990, el superconsumo de armas y el nexo entre desarme y desarrollo continúan siendo dos cuestiones absolutamente fundamentales.

Hay que plantearse, pues, el objetivo de un desarme consistente de la región hoy en conflicto. Pero esto no servirá de gran cosa si no se instauran los mecanismos de control efectivos sobre la fabricación y el comercio de armas y de tecnología de uso potencialmente bélico. Un acuerdo en este sentido de los países de la UEO, los Estados Unidos y la

Las posiciones correctas no son tan fáciles de transmitir como las posiciones taxativamente simplistas.

Unión Soviética, englobaría un volumen del 87% de todo el comercio mundial de armas.

El establecimiento de unos acuerdos en esta dirección se ha convertido en una cuestión vital para la humanidad. La única —y triste— ventaja de las guerras es que restituyen el verdadero sentido a algunas palabras. Hay que, pues, repetirlas: reducir el número de armas, controlar su tráfico, establecer nuevos mecanismos y nuevas autoridades para hacer efectivas estas metas no son hoy ideas bien intencionadas sino problemas vitales para todos.

Las perspectivas: mundo unipolar o comunidad internacional democrática

La guerra del Golfo se ha producido en una fase de la política internacional que está caracterizada por algunos rasgos fundamentales:

1. Hemos asistido al final de la confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética con todo lo que ello comporta de nuevas posibilidades de cooperación, de distensión en Europa y de unidad europea.

2. Asistimos a una grave crisis de transición en la Unión Soviética, y al despliegue de múltiples problemas económicos, políticos y nacionalistas en toda su área de influencia.

3. Asistimos al incremento de la competencia entre los tres grandes polos del mundo desarrollado: los Estados Unidos, Japón y Europa. En este marco, la posición económica de los Estados Unidos conoce un relativo debilitamiento. Esta competición, por otra parte, estimula un proceso de integración de grandes áreas regionales. De una u otra forma, este proceso tendrá que reflejarse en la renovación y el reforzamiento de la estructura de las Naciones Unidas.

4. La década de los 80 ha mantenido y en ciertos casos agravado las extremas desigual-

Expresar una voluntad de paz es una condición necesaria pero no suficiente para resolver el problema clave.

dades entre los países prósperos y los países pobres, aunque sería un error un excesivo esquematismo en este punto: ni el Norte es una realidad homogénea, como indicamos en el punto anterior, ni lo es el Sur; hay grandes distancias entre la trágica situación de algunos países africanos y los nuevos países industriales asiáticos, por ejemplo.

5. Estos desequilibrios entre áreas y países se entremezclan con los problemas globales que configuran graves amenazas para la situación mundial: los problemas bélicos, ambientales, demográficos, migratorios, y de convivencia entre civilizaciones y culturas diversas.

En el marco de la situación general, en la que se sitúa el actual conflicto del Golfo, dos visiones tienden a formularse en el ámbito de la izquierda.

Por una parte, la posición de los que hablan de un proceso prácticamente imparable —del que el actual conflicto sería la demostración— hacia la sustitución de la lógica bipolar de la competición Estados Unidos-Unión Soviética, por el unipolarismo. Cuando la Unión Soviética se esfuma como la superpotencia que «equilibraba» la hegemonía de los Estados Unidos, se produciría, de hecho, la consolidación alrededor de la potencia norteamericana de un «polo norte» estructuralmente y militarmente agresivo hacia los países del Sur.

Una segunda posición, menos esquemática, considera que el bipolarismo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética (netamente dese-

A los partidos se nos pide que nos definamos en el terreno de lo concreto, de lo real, de lo posible.

quilibrado de hecho desde hace un par de décadas) no da paso a una situación caracterizada por el hegemonismo indiscutible de los Estados Unidos, sino a un panorama más contradictorio, donde puede producirse una tendencia hacia un «imperialismo defensivo sobredimensionado», por utilizar una expresión de Ernest Lluch en un reciente artículo que retoma el hilo de determinada tesis de Paul Kennedy y otros (*Cinco Días*, 30 de enero de 1991): «Tendrán la tentación», dice Ernest Lluch en este artículo, «de gastar y actuar como si estuviesen unas décadas atrás».

Sin embargo, por otra parte, las posiciones más marcadamente unilateralistas de la administración Reagan (hay que recordar la época, no tan lejana, en la que Jean Kirkpatrick evocaba la posibilidad de que los Estados Unidos hiciesen en las Naciones Unidas lo que habían hecho en la UNESCO, retirarse) ha dado paso a una nueva orientación en busca de un mayor consenso internacional. Asistimos, en todo caso, en el campo político-diplomático, a una vuelta al papel de las Naciones Unidas (y por lo tanto a un marco que posibilita un mayor multilateralismo), y en el terreno económico a una situación de relativo declive económico de los Estados Unidos (descenso en el porcentaje de la producción mundial y del comercio internacional, fuerte endeudamiento y déficit exterior financiado en parte por capital japonés y europeo, pérdida de peso del dólar en relación con el marco alemán y el yen, etc.). Declive relativo que podría justamente comportar el riesgo (y este aspecto muestra de nuevo el carácter contradictorio de la actual

situación) de una tendencia a reforzar la lógica militar en las relaciones internacionales del futuro, a pesar de la superación de la confrontación Este-Oeste.

Una doble conclusión: más protagonismo de las Naciones Unidas, más unidad en Europa.

Las conclusiones que deben extraerse de la crisis actual, en forma de líneas de fuerza para los socialistas en el terreno internacional (además de los esfuerzos de paz en Oriente Próximo en los momentos actuales y el objetivo de unas iniciativas efectivas en el terreno del desarme y del control del comercio mundial de armas), son las siguientes:

1. *Hay que trabajar por unas Naciones Unidas renovadas y reforzadas.*

Es necesaria una mayor capacidad de intervención diplomática, política y económica de las Naciones Unidas, de su Consejo de Seguridad (que aún no refleja el equilibrio de Yalta y debería ser, por lo tanto, en el momento oportuno, objeto de mejora) y de sus organismos especializados. El hecho de que las iniciativas de paz en el actual conflicto no hayan podido vencer la voluntad de guerra de una de las partes, no ha de llevar, de ninguna manera, a la conclusión de que las Naciones Unidas han fracasado. De hecho asistimos a una tendencia al reforzamiento de esta institución mundial, que hay que estimular hasta el límite de lo posible (hay que recordar que, con anterioridad a la crisis del Golfo, las Naciones Unidas habían actuado eficazmente en la conclusión del conflicto Irán-Irak, en la superación del problema de Namibia, en el desarme de la «contra» en Nicaragua, en la definición de un plan de paz en Camboya, etc.). Creemos que hoy un objetivo específico de la izquierda europea ha de ser la potenciación del papel de las Naciones Unidas, no sólo en la sanción de los conflictos (cosa que implica un papel activo contra los actos de agresión, y por lo tanto un refuerzo de la capacidad de

enforcement de las Naciones Unidas), sino fundamentalmente en la prevención de estos conflictos (cosa que implica una mayor capacidad de intervención política y económica). El problema de fondo es el siguiente: no hay duda de que vamos rápidamente (por la interrelación creciente de las relaciones mundiales y de los problemas que se derivan) hacia la realidad objetiva de un gobierno del sistema internacional. Hay que conseguir, pues, que este sistema sea lo más democrático posible, que sea por lo tanto multipolar, que asegure un papel efectivo y autónomo de Europa y que permita un reequilibrio Norte-Sur.

2. Hay que acentuar el proceso de la Unión Europea.

Por lo que respecta a Europa, la constatación de que en la crisis presente no ha podido desempeñar un papel político único, nos ha de llevar justamente a la conclusión de que es necesario avanzar en la unión política de Europa. La Comunidad no dispone todavía de unos mecanismos de articulación de una política exterior común, y ello ha tenido un reflejo ostensible en la crisis actual. El presidente Felipe González ha comentado, en ese sentido, que «han obrado más los reflejos de cada nación que los reflejos europeos comunes». Y ha añadido: «Sin embargo no hemos de coger el látigo y flagelarnos» (*La Vanguardia*, 6 de febrero de 1991). Lo que hay que hacer es trabajar para una situación futura en la que el papel de Europa pueda afirmarse de una manera coherente y unida. Esta afirmación del papel internacional de Europa implica plantearse la cuestión de la seguridad y de la defensa europea, y el objetivo de una estructura militar integrada en Europa. Hemos de ser conscientes de que Europa se encuentra en la encrucijada de las relaciones Este-Oeste y de las relaciones Norte-Sur. Su afirmación efectiva y autónoma, en un sentido de distensión, paz y cooperación internacionales no es para ella una cuestión menor; es una cuestión de vital importancia. Lo es, muy especialmente, en lo que respecta a una reforma

efectiva de las relaciones entre países desarrollados y no desarrollados. Y más especialmente en lo que respecta a un reequilibrio en las dos riberas del Mediterráneo.

El futuro de Europa se juega, simplemente, en la solución positiva de estos retos.

A manera de resumen: nuestra posición

Los trece puntos que aprobó el Consejo Nacional del PSC en su reunión del 3 de febrero de 1991 resumen nuestro análisis y fijan nuestra posición en aquella fecha:

Primero. El desencadenamiento del conflicto tiene un origen y un responsable. Son la anexión militar de Kuwait, la política militar expansionista del régimen dictatorial de Sadam Husein, y su actitud, de negativa total a la exigencia unánime de la comunidad internacional. Sadám Husein ha querido la guerra.

Segundo: Hay claras responsabilidades mediatas. No es posible separar el hecho hoy trágicamente ostensible de un régimen dictatorial superarmado (portavoces del Pentágono hablan ahora del ejército iraquí como el cuarto ejército en importancia en todo el mundo), de la actuación irresponsable de diversos gobiernos (no sólo de la Unión Soviética, sino también de Occidente) y del fenómeno escandaloso e intolerable del comercio de armas desarrollado con impunidad.

Tercero: Las tomas de postura de las Naciones Unidas desde el mes de agosto han sido correctas, y aunque hayan fracasado las

Un elemento decisivo para un futuro escenario de paz es el avance en la solución de los gravísimos problemas de la región.

tentativas de encontrar una salida pacífica al conflicto, no es riguroso decir que las Naciones Unidas han fracasado. Si tenemos en cuenta cuál era la situación de las Naciones Unidas hace apenas unos años (cuando se hablaba hasta de la posibilidad de que algunas potencias se saliesen), podemos concluir que, con contradicciones y limitaciones, las Naciones Unidas han desempeñado un papel, y deben continuar desempeñándolo con fuerza y eficacia crecientes, si queremos un nuevo orden de paz y libertad en el mundo.

Cuarto: No es correcto afirmar que «el embargo ha fracasado». La carta de un embargo riguroso y continuado, de una política de aislamiento y de continua presión punitiva no bélica no ha podido hacer sentir plenamente sus efectos. Los cálculos más solventes apuntaban a una reducción del 70% del PIB iraquí, una práctica desaparición de los ingresos y un deterioro irreversible de la economía y el potencial militar de Irak en un periodo de tiempo superior al plazo del 15 de enero. En todo caso, esta vía no puede considerarse *a priori* como ineficaz y sigue siendo la más plausible en futuros escenarios.

Quinto: Hasta el momento del comienzo del conflicto armado y posteriormente, las posiciones adoptadas por el Gobierno español han sido responsables y realistas, y han apuntado en todo momento a una salida negociada y pacífica del conflicto. Sin aceptar la idea del *linkage* (la conexión directa entre la anexión de Kuwait y la cuestión palestina), el Gobierno ha puesto énfasis especial (reconocido por los sindicatos) en la necesidad de

abordar el conjunto de problemas de la región y en especial el problema palestino. En la correlación real establecida durante la crisis, el papel internacional del Gobierno español se ha situado por delante de lo que era *a priori* plausible. En todo caso, la posibilidad de que España puede pesar en las futuras soluciones pasa imprescindiblemente por su coherencia en asumir sus compromisos internacionales con dignidad y sin entrar en guerra. Es decir, haciendo lo que está haciendo.

Sexto: En este momento son las armas las que hablan. Nuestra postura no puede ser otra que la de continuar dando un pleno apoyo a las resoluciones de las Naciones Unidas y a la acción de nuestro Gobierno. Estamos seguros de que éste hace todo lo que está a su alcance para contribuir a poner fin al horror de la guerra. Para alcanzar la paz en el plazo más breve, ahorrar el sacrificio de más vidas y limitar los costes políticos y ecológicos del conflicto, hay que buscar insistentemente los caminos de la paz, del diálogo y de las soluciones negociadas a los dramáticos problemas de la región.

Séptimo: En Europa, las fuerzas de la izquierda y las fuerzas de la paz han de tomar claramente la opción de trabajar por un nuevo orden mundial en el que acontecimientos como los actuales no pueden repetirse. Muchas y muy diversas cuestiones se plantean en esta perspectiva, desde el mismo proceso de unidad política europea hasta el final drástico del escándalo del comercio de armas y de tecnología con finalidades bélicas. El problema actual de la Europa comunitaria es su incapacidad para definir una política común. Pero más que escandalizarnos o lamentarnos por esta situación, lo que hace falta es trabajar activamente para superarla, conscientes de que esto no se conseguirá fácilmente, pero es necesario si no queremos instalarnos en un escenario donde se imponga una lógica creciente de distanciamiento entre países prósperos y países pobres y, en consecuencia, una lógica de violencia creciente.

El Gobierno español se ha mantenido siempre coherente en la defensa de todas las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la región.

Octavo: El escenario posbélico habrá generado (todavía es difícil prever en qué grado) un incremento de las tensiones entre los países occidentales y el mundo árabe e islámico. La inestabilidad en Oriente Próximo, el nacionalismo árabe y el populismo islámico, integrista y laico, el antiamericanismo y el terrorismo pueden verse incrementados en buena medida como consecuencia de la guerra. Es evidente que es responsabilidad de todos, en la situación posterior al conflicto armado, trabajar para la solución de los graves problemas pendientes. Será necesario abordar los problemas gravísimos, complejísimos, de la zona, en la perspectiva que siempre hemos sostenido, de negociación y reconocimiento del derecho de todos los pueblos de la región. Aparecen en este contexto dos problemas especialmente agudos: el derecho a la autodeterminación y a un Estado propio para el pueblo palestino (cuestión ligada al reconocimiento del Estado de Israel y a su seguridad) y el problema de la paz y de la soberanía del Líbano, demasiado a menudo olvidado o considerado como el resultado fatalmente inevitable de una situación de entrecruce inabordable de conflictos. Apoyamos la fórmula de una conferencia de paz para Oriente Próximo, pero alertamos contra el riesgo de que esta propuesta se convierta en un símbolo ritual. La propuesta de una conferencia, que cuenta, entre otros, con el apoyo de la Comunidad Europea, es una gran consigna; indica una línea justa. Pero hemos de ser conscientes de las dificultades de la propuesta. Habrá que ver qué nuevo orden se establece en la zona, quién lo garantiza, qué autoridades avalan los eventuales acuerdos. En todo caso, la idea de una conferencia internacional no ha de paralizar o retardar las iniciativas positivas que puedan plantearse previamente. En este sentido, son válidos los objetivos de la iniciativa hispano-italiana de la CSCM, y los puntos para el establecimiento de un sistema de seguridad, paz y cooperación para el Mediterráneo, el Norte de Africa y Oriente Próximo, aprobados por el Congreso de los Diputados en su resolución del 18 de enero.

El superconsumismo de armas y el nexo entre desarme y desarrollo continúan siendo dos cuestiones absolutamente fundamentales.

Noveno: Hay que oponerse al hecho de que una salida del actual conflicto tome la lógica de un orden unipolar, de tal manera que el nuevo orden en gestación esté unilateralmente dominado por la hegemonía militar de los Estados Unidos. La tendencia a un «imperialismo defensivo sobredimensionado» norteamericano —que se ha señalado en ocasión del conflicto actual— tendría efectos muy negativos. Por eso hay que reafirmar la necesidad de un objetivo, a pesar de todos los obstáculos, de la unidad europea, unidad no sólo en su propia construcción sino en su papel en el mundo, y también el papel de unas Naciones Unidas renovadas y reforzadas. Europa ha de ser un elemento activo de estabilidad, de paz y de cooperación internacional. Es necesario que se plantee la cuestión de su unión política con nuevos parámetros. Los acontecimientos actuales —no sólo la guerra del Golfo sino también las convulsiones en la Unión Soviética— nos indican que sería ingenuo esperar un periodo en el que las tensiones militares desaparezcan súbitamente: Europa debiera plantearse seriamente el problema de una defensa europea, de una estructura militar integrada, como cuestión ineludible si quiere volver a poner en su lugar su papel internacional. De la misma forma, en la situación actual, la apelación a un papel militar de los «casco azules» de la ONU en el conflicto del Golfo es un expediente irreal. Ello no quiere decir, sin embargo, que una de las conclusiones del conflicto en curso ha de ser un planteamiento serio de constitución de una verdadera fuerza internacional de las Naciones Unidas. En esta perspectiva es evidente que la evolución y las

La década de los 80 ha mantenido y en ciertos casos agravado las extremas desigualdades entre los países prósperos y los países pobres.

posiciones que sustente la Unión Soviética sobre esta cuestión son prácticamente decisivas.

Décimo: Ha de ser un especial motivo de atención el riesgo de nuevos brotes de racismo y xenofobia en Europa y en nuestro país. Hemos desarrollado diversas iniciativas con el fin de hacer frente a este peligro y combatir todas las manifestaciones de racismo abierto o encubierto. El Ayuntamiento de Barcelona ha mantenido contactos positivos con la asociación *Bayt al Zaqafa*. Consideramos satisfactorio un documento publicado en Barcelona por la asociación *Dar al Magreb*, el Comité de Solidaridad Cataluña-Líbano y la asociación Comunidad Palestina de Cataluña, con los que mantenemos un contacto que consideramos muy positivo.

Undécimo: En el trasfondo del conflicto se encuentra, entre otros factores, un problema de relación entre civilizaciones, culturas, religiones. Las posiciones avanzadas en relación con esta cuestión por la Alcaldía de Barcelona han de ser estimuladas y han de recibir el apoyo de la sociedad y de los Gobiernos de la Generalidad y Central. El Centro Abraham que se está construyendo en la Villa Olímpica, con el triple símbolo de la cruz, la media luna y el candelabro de siete brazos, en representación de las tres grandes religiones monoteístas del Mediterráneo, ha de ser el comienzo de una acción paciente y continuada de reencuentro y diálogo. Barcelona, que es la ciudad más grande del Mediterráneo, debe saber desempeñar este papel

de encuentro entre las civilizaciones y las religiones de nuestro mar común, con una fuerte voluntad de diálogo, cooperación y paz.

Duodécimo: Una cuestión prioritaria es el establecimiento de nuevos mecanismos de control y drástica reducción de armamento, tanto en Oriente Próximo como a escala mundial. No es hoy un objetivo utópico. Si la UEO establece unas bases de acuerdo, extensibles a un entendimiento con la Unión Soviética y con los Estados Unidos, ello implicaría su control estricto, y la reducción drástica, de un 87% de todo el comercio mundial de armas. La exigencia de que no se vuelva a repetir una situación como la que ha dado origen al actual conflicto implica como premisa indispensable el combate sin piedad contra el negocio de la guerra y el comercio clandestino de armas, negociaciones inmediatas para la drástica reducción de armamento, y el establecimiento de controles extremadamente estrictos para impedir el comercio de tecnología apta para usos militares, en especial en lo tocante a armas químicas, biológicas o nucleares.

Decimotercero: Estamos por el término de la guerra. Esta ha sido deseada por Sadam Husein. El puede pararla. Pero en todo caso es preciso que en el momento presente no sea solamente la voz de las armas la que se escuche. En este sentido hay que considerar positiva la declaración hecha pública por los Estados Unidos y la Unión Soviética el 30 de enero, después de la visita a Washington del ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, Alexander Bessmertnij, en la que se señala que «un cese de hostilidades» es posible «si Irak se compromete públicamente a retirarse de Kuwait» y se evoca la necesidad de una iniciativa de solución al conflicto árabe-israelí.

Los Gobiernos del mundo, especialmente los más directamente implicados en el conflicto, los Gobiernos de los países árabes e is-

lámicos, la OLP, la Comunidad Europea, las Naciones Unidas, han de hacer en estas horas difíciles todo lo posible y con los menores costes para preparar una nueva situación en la que el diálogo, la negociación y la paz prevalezcan sobre la violencia.

¹ En todo caso, como recordó el senador demócrata Sam Nunn en el debate del Senado de los Estados Unidos (12 de enero de 1991): «En agosto, cuando se decidió el embargo, con éxito y diría que con una gran habilidad del presidente Bush, con una gran demostración de capacidad de liderazgo, nadie pensaba o preveía que el embargo acabaría en enero (...). Ningún experto o ningún informe de los servicios de inteligencia afirmaba que el embargo hiciese sentir sus efectos antes de abril o mayo de 1991.».

² El «*documento de los nueve puntos*» dice así:

1. El objetivo fundamental de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas es la retirada iraquí de Kuwait y el restablecimiento de la soberanía e integridad territorial de este Estado miembro de la Comunidad de Naciones. Esta actitud tiene una base jurídica internacional indiscutible y es coherente con los principios establecidos en la Carta de las Naciones Unidas.
2. Para conseguir este objetivo, el uso de la fuerza se tiene en cuenta como último recurso; es decir, cuando exista la evidencia de que el agresor no se retirará por otros medios. La justificación del uso de la fuerza en apoyo de la ley es precisamente el no quedar sometidos a la fuerza ilegítimamente utilizada.
3. La actitud iraquí ha sido contundente en el rechazo de la aceptación del objetivo de las Naciones Unidas. Hasta este momento, la posición oficial es tajante: no abandono de Kuwait y consideración de la anexión como irreversible.
4. La agresión no puede ser premiada. Por lo tanto es imposible imaginar una compensación por la retirada. La comunidad internacional, a pesar de ello, ha hecho esfuerzos para que el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas no signifique una humillación para Irak.
5. Si el Gobierno iraquí acepta las resoluciones del Consejo de Seguridad y declara su decisión de cumplirlas, ha de obtener garantías de: no ser atacado, levantamiento del embargo, y facilitar una solución negociada de sus diferencias con Kuwait, respetando el derecho internacional.
6. Las Naciones Unidas contribuirán a facilitar una solución: supervisando la retirada iraquí de Kuwait

por medio de observadores; vigilando posteriormente las fronteras; desplegando una fuerza de paz cuando se retiren las fuerzas extranjeras.

7. La crisis del Golfo, originada por la acción iraquí, ha cambiado el cuadro de relaciones y de equilibrio en la zona, agravando los factores de incertidumbre. Por lo tanto:

—Es necesario un plan de estabilidad regional en una zona especialmente sensible, cuyos objetivos sean: Políticos: normalizar las relaciones entre los países de la zona y resolver los problemas pendientes. Estratégicos: disminuir el nivel de armamentos y eliminar los de destrucción masiva, de forma que todos los países de la región se sientan seguros y libres de amenazas. Económicos: establecer un marco de cooperación para el desarrollo, que tienda a disminuir las abrumadoras diferencias entre países y sectores de población.

—La comunidad internacional ha de impulsar la solución del problema palestino, dando cumplimiento a las resoluciones de las Naciones Unidas que lo afrontan. Una conferencia internacional de paz aparece como el instrumento que ha suscitado un mayor consenso internacional y la vía más adecuada para avanzar decididamente hacia la solución. Por lo tanto, esta conferencia ha de ser convocada en el momento oportuno y con la estructura apropiada, como reclama la CEE y consta en la declaración del presidente del Consejo de Seguridad del 20 de diciembre de 1990.

8. Hay que recordar que una respuesta árabe al actual conflicto del Golfo, en el marco de las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, parece la vía más eficaz para una salida pacífica de la crisis.

9. A pesar de ello, las exigencias de la seguridad regional desbordan el marco estrictamente árabe, en la medida en que afectan a países de la región que no son árabes y a los intereses vitales de todo el mundo. Por lo tanto, en los futuros acuerdos de seguridad de la zona tendrán que participar, además de los países árabes de la región, otros países como Irán e Israel, los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y la CEE.

Es esencial el desarrollo en la región de Oriente Próximo de medidas de confianza que refuercen la

Las posiciones más unilateralistas de Reagan han dado paso a una nueva orientación en busca de un mayor consenso internacional.

seguridad y la cooperación y contribuyan a la creación de un clima de distensión. Los principios y la metodología que han inspirado el proceso de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa podrían ser útiles en este sentido.»

³ La resolución del Congreso de los Diputados, del 18 de enero de 1991, además de apoyar las resoluciones de las Naciones Unidas y las medidas adoptadas por el Gobierno «en el marco de las directivas aprobadas por la UEO en aplicación de la resolución 678 del Consejo de Seguridad» y «en apoyo a las fuerzas multinacionales que actúan en aplicación del párrafo 2 de la resolución 678», añade:

«El pleno del Congreso expresa su preocupación por los últimos acontecimientos del Golfo, producidos como consecuencia de la negativa del Gobierno iraquí a cumplir las resoluciones de las Naciones Unidas.

—El Congreso reitera que la paz sólo será posible si el Gobierno de Irak cumple estas resoluciones, cuyo objetivo es la retirada iraquí de Kuwait y el restablecimiento de la soberanía e integridad territorial de este Estado, miembro de la Comunidad de Naciones.

—El Congreso manifiesta su voluntad de que la paz sea restablecida, en un contexto de responsabilidad y preocupación que comparte la inmensa mayoría del pueblo español. La comunidad internacional ha hecho esfuerzos para que el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas, incluso dentro del principio de que la agresión no puede ser premiada, no signifique tampoco la humillación para Irak.

Por eso, el Pleno del Congreso considera deseable, después de la superación de la crisis, el establecimiento de un sistema de seguridad, paz y cooperación en el Mediterráneo, el Norte de Africa y Oriente Próximo. El interés nacional exige que España participe directa o indirectamente en la elaboración de esas propuestas». Finalmente, la resolución define unos objetivos para ese plan de estabilidad regional coincidentes con los fijados en la «*declaración de los nueve puntos*» del Gobierno.

Traducción: Alberto Gómez Font